

CARMEN SÁNCHEZ



Nacida en Bilbao, el 1 de octubre de 1971. Licenciada en Derecho por la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza. Perteneció al Real e Ilustre Colegio de Abogados de Zaragoza. Culminados sus estudios, fue contratada por un despacho Penalista de Madrid, interviniendo en innumerables procedimientos, se labró una gran experiencia, que poco después, y ya de regreso a su ciudad de origen, Zaragoza, pudo poner en práctica, abriendo su propio despacho.

Abogada vocacional, apasionada del Derecho y de la Justicia. Desde sus comienzos profesionales se viene dedicando al Derecho Penal, su gran pasión en lo que al Derecho se refiere. No olvida las otras ramas del Derecho, siendo pionera en cuanto a los divorcios llamados «expres», tramitados por internet, creando su propia página web «divorcioya.com». Experta en Derecho Canónico, puede actuar ante los tribunales de la Iglesia, al poseer el título de Abogada Rotal, tras concederle el Nuncio Apostólico.

Fue contertulia habitual, como abogado, en la Cadena Ser, en el programa *La Ventana*. Colabora con la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza, impartiendo la asignatura de Practicum.

En su experimentada trayectoria, ha intervenido en procedimientos judiciales de todos los ámbitos.



ENSAYO DEL JUICIO FINAL

Si el padre Churruca hubiera sabido que cuando llegó al tren, arrastrando sus setenta y pico años y los más de cien kilos de carne magra que llevaba bien pegada a los huesos a fuerza de tremenda paz y afable vida, iba a estar en un tris de presenciar un fracaso de Dios, no se habría levantado de la cama ese día.

Llegó a su vagón al trote levantándose las faldas de la sotana, a un minuto escaso de que saliera el tren. Sentado ya, después de haber dejado el equipaje en la encimera, respiró varias veces para llenarse del aire que le faltaba por el esfuerzo de la carrera y luego, después de suspirar sonoramente, hizo una mueca de satisfacción sintiendo el orgullo de haberle vencido al tiempo, se adecentó la sotana con un par de manotazos y sacó del bolsillo una bolsa llena de pipas de calabaza, se la dejó sobre el regazo, miró por la ventanilla y se puso a comer distraído recordando que había leído no hacía mucho tiempo que las pipas de calabaza eran mano de santo para la próstata.

El padre Churruca iba en el tren hacia Barcelona a un congreso nacional que había convocado la Iglesia para encontrar las razones por las cuales la fe estaba de merma. Las tres horas escasas del viaje de Madrid a Barcelona le iban a servir al padre Churruca para repasar y poner en orden su ponencia sobre las soluciones que llevaba sesudamente estudiando desde el mismo día en que le llamaron para decirle que estaba invitado. Le habían citado porque firmaba algunos artículos de cierto mérito en revistas del clero donde parecía intuirse algún atisbo de solución a enigmas celestiales de menor cuantía, pero principalmente porque su dedicación al estudio de la teología moderna llamaba la atención entre los corrillos de mando de la institución. Iba a Barcelona con una ponencia un tanto atrevida, donde abogaba abiertamente y sin tapujos por un gran despliegue publicitario en prensa y televisión. «Si los americanos han sido capaces de hacerse con el mundo a base de propaganda, la Iglesia no puede ser menos», decía. Mientras sacaba los folios de la cartera para repasarlos, se fijó en el muchacho que iba sentado justo enfrente de él y le preguntó, cuando vio que el tren empezaba a acelerar casi hasta el vértigo:

—¿Usted cree, joven, que es bueno ir a todos los sitios tan deprisa?

—No lo sé, pero tengo entendido que en poco tiempo este mismo viaje se hará en una hora escasamente.

—¿Y para qué tanta prisa, hijo?

—Cualquiera sabe...

—La velocidad con que vivimos la vida nos hace tristes —le dijo—. ¿Usted sabe por qué los indios de la India son tan felices?

—Pues no.

—Sencillamente porque viven al día, joven. La felicidad es cuestión de ser poco curioso y de no esperar nada. La mayoría de nosotros somos infelices porque tenemos demasiadas y falsas expectativas que se van tornando en miedo

por temor a que no se cumplan. Sin embargo, para ellos, para los indios, me refiero, las metas son diarias, inmediatas y rápidas. No dejan nada para luego, si consiguen irse a la cama con el objetivo cumplido cada jornada, santas pascuas. En sus diccionarios la palabra futuro es simplemente un adverbio de tiempo, no lo relacionan con la vida. Conocen el miedo, la pena y el dolor, pero no la angustia. Tienen tan poco, que el mero hecho de haber llenado el buche ese día ya les colma, no tienen tiempo para perderlo esperando el futuro. Nosotros, sin embargo, lo hacemos al revés, vivimos a largo plazo, nuestras congostas endémicas se originan porque le damos más importancia a lo que nos va a pasar que a lo que nos está pasando, como si intentáramos almacenar la felicidad para el último día. Ya ve qué paradoja, hijo. Vivimos pendientes de un futuro fingido que ni siquiera sabemos si llegará. Y esa eterna espera, con tanta vida hipotecada, nos crea ansiedad. Nos hace infelices e idiotas.

—Ah —dijo el chico.

Ante la glacial respuesta del muchacho, el padre Churruca tuvo la sensación de que el chico andaba con la cabeza distraída en menesteres de más envidia y le resbalaba un poco lo de la felicidad y el tiempo, de modo que siguió comiendo pipas y dejando las cáscaras sobre la sotana mientras observaba cómo le pasaban los postes a una velocidad que ponía los pelos de punta.

A los diez minutos de haber pasado Zaragoza, el padre Churruca empezó a notar unos desacoples en el cuerpo que no había sentido nunca, como si al mecanismo entero le faltara grasa y crujiere, lo que le produjo un recelo angustioso de premonición que le puso en alerta. Sentía el corazón dándole brincos como si lo tuviera en la mano, hasta que, de repente, en pleno desierto de los Monegros el tren se detuvo mágicamente como si una fuerza ultraterrenal tirara del convoy hacia las entrañas de la tierra y lo detuviera, y con más misterio que ciencia, pasó de trescientos kilómetros

a la hora a cero, deteniéndose la vida en seco con lo que lleva dentro pero dejándolo todo en su sitio, sin aspavientos, como si la física se acabara de inventar el antídoto de la inercia. «Este frenazo ha sido esotérico, muy esotérico», pensó el padre Churruca para sí con tremendo apuro, que no dejaba un solo momento de mirar por la ventanilla con la respiración en silbido, temblando entero y tenso. Y en éstas, enfocó la vista a lo lejos guiñando los ojos todo lo que pudo porque le pareció ver a un hombre vestido de blanco que hacía señales con las manos y se acercaba corriendo hacia el tren. Al padre Churruca se le fue la saliva por otro sitio y tosió, y se le acabó de venir el mundo encima cuando lo tuvo cerca y se dio cuenta de que era el mismísimo Papa. «Santo Dios, el Papa, ¿qué hace el Santo Padre por estos andurriales?», se preguntó revuelto.

Los pasajeros, confusos por aquel frenazo del más allá, habían bajado del tren y, ante el galimatías de semejante extravío sólo les quedó pensar que estaban en el rodaje de una película, y que ese hombre que venía corriendo tan a lo loco era un actor caracterizado de Papa, pero se les estrujaron los bofes cuando se cercioraron de que aquel hombre desencajado era el Papa de verdad, que se acercaba asustado, sin resuello y sucio, con la sotana polvorienta y sudoroso, y jurando por lo bajo, en un idioma raro que sólo entendió el padre Churruca. «Me parece que está hablando en arameo», dijo para sí.

La primera y única mirada del Papa fue para el cura. «Usted —le ordenó al padre Churruca en un castellano nítido—, ayúdeme a subir y hable con las autoridades del tren y que nos dejen un vagón para nosotros solos».

—Enseguida, Santidad.

—¿Adónde va este tren? —le preguntó después.

—A Barcelona, Santo Padre.

—¿Y cuánto hay de Barcelona a Roma?

—Así, de golpe, no lo sé, pero una buena tirada.

No hizo falta que el padre Churruca se acercara a hablar con el maquinista, pues éste había llegado corriendo hasta el vagón alarmado por la magnitud del suceso. Ni el padre Churruca ni el maquinista tuvieron palabras ni agallas para preguntarle al Papa qué hacía allí, la simple idea de dirigirse a él ya les parecía una insolencia. Pero fue el Papa el que se dirigió al maquinista para decirle que ordenara a toda esa gente que estaba arremolinada ahí afuera que subiera al tren y que se pusiera a los mandos, «que nos marchamos en diez segundos», le dijo. Al maquinista, la campanuda autoridad del Sumo Pontífice le bastó para bajar como una centella y ordenar casi de malos modos que subieran todos al tren que nos íbamos, y que el que se demorase se quedaba en tierra. El padre Churruca miraba al Papa falto de aliento y sin pestañear, todavía con los vestigios de la duda escurriéndole por el rostro a la vez que, atento al mundo, notaba que el tren se ponía en marcha de nuevo. Al Papa no le pasó desaperciba la cara de tonto que se le quedó al cura, y le hizo una mueca con la boca para inspirarle confianza, y después se encogió de hombros como si le estuviera pidiendo excusas, y cuando ya quiso entender que el tren llevaba su velocidad de crucero, el mero hecho de sentirse del gremio le colocó en la obligación de darle las explicaciones pertinentes de lo que estaba ocurriendo allí.

—Verá —le dijo, casi en perfecto castellano y mirando para todos los sitios cerciorándose de que estaban solos—, aunque esto le pueda parecer cosa de locos, no es ninguna chaladura, tiene su explicación. Hoy hace justamente una semana que desde el cielo se me requirió para buscar y encontrar un sitio tranquilo, amplio y desértico que no estuviera muy lejos del Vaticano porque Dios Nuestro Señor tenía preparado para hoy a las doce un ensayo general lo más fiel posible del Juicio Final, de modo que toda la semana pasada me la tiré, agotadito de nervios y sin apenas dormir pensando sólo en la magnitud del evento, buscando sitio,

viendo documentales y estudiando planos y mapas, hasta que uno de mis cardenales, que había estado por estas tierras no hacía mucho, me recomendó este sitio, los Monegros, creo que se llama —le dijo señalando el paisaje por la ventanilla—, una zona muy despejada donde nadie nos iba a molestar, y donde van a estar ustedes muy tranquilos, me aseguró, de modo que le hice caso y, después de darle al cielo las coordenadas, me vine para acá de incógnito con dos ayudantes, que por cierto, no sé dónde se habrán metido pero los he debido perder.

—¿Qué me está usted contando, Santidad? —le preguntó el padre Churruca recalcando las sílabas, de pura incredulidad.

—Lo que oye. Pero todo falló, fue todo un inmenso fracaso. Una calamidad. Un desastre descomunal. Aunque ya noté yo que la cosa no empezaba bien, sólo había que verme a mí medio lelo, cuando estuve en presencia de la imagen inconmensurable del Señor, espléndido, grandioso, enorme, prodigioso, tan alto y tan limpio, exuberante, sin una arruga, con esas barbas blancas rizadas de seda, sus melenas de oro y con esos ojazos añiles que despedían más fulgor que la luz del sol. Tan soberbia y contundente fue su contemplación que me quedé en suspenso ante semejante prodigio y no me pude gobernar por más que hice, y me empezaron a temblar las piernas, pero el Señor se dio cuenta enseguida, como se da cuenta de todas las cosas, y me puso su mano pacificadora en la frente y me dijo: «tranquilo, hijo, que eso pasa siempre que se me ve, lo raro sería que no te inmutaras», y cuando me propagó su confianza divina y pude ya controlar la respiración, me dio un par de golpecitos de aliento en la espalda, me echó el brazo por el hombro y me llevó a dar una vuelta para que viera el campo de operaciones. Ni que aclararle tengo —siguió diciendo el Papa— que la puesta en escena fue magna, grandiosa, enorme, imposible, tendría que haberlo visto padre... ¿cómo se llama usted? «Benito

Churruca, Santidad». La elegancia con que lucía todo, el oro, la plata, los alabastros, los bronces, los tronos, los cetros, las sedas, esos armiños, qué púrpuras, Dios mío, qué púrpuras... Con qué boato se exhibían los oropeles de la Gloria, padre Churruca. No hay palabras en el mundo para poder expresar tanto destello, sólo habiendo estado allí es posible hacerse una idea de semejante esplendor. Así que después de terminar con las presentaciones, el Señor ordenó que salieran los ángeles, y salieron por todos los lados, unos vestidos de blanco y otros de negro, los de blanco llevaban arpas y laúdes y los de negro trompetas, y luego salieron otros que iban arrastrando carros y carros repletos de espadas y escudos, que yo no sabía muy bien para qué iban a servir. Cuando los ángeles de las trompetas empezaron a tocar a mí se me puso la carne de gallina, y tanto y tan sostenido estruendo me chocaba contra el pecho dándome la sensación de que iba a reventar, y de repente, al son de las fanfarrias, fueron apareciendo primero cientos, luego miles y después cientos de miles de ataúdes, que se iban almacenando sin que nadie los tocara unos encima de otros hasta que se fue llenando la inmensa explanada en la que estábamos, y a pesar de tanto ajetreo iba sucediendo todo serenamente, como el que no quiere la cosa, una detrás de otra sin descuidar detalle, como si en el cielo llevaran toda la vida ensayándolo, había tal movimiento de gente y material y era tantísimo el ruido, que parecían mismamente los preparativos de la segunda guerra mundial. Mientras los ángeles de brega iban preparándolo todo con una celeridad y orden imposibles, yo iba andando al lado del Señor, que supervisaba las operaciones gobernándose con tal pericia y saber que parecía que tan enorme laberinto le era pura rutina.

En un atrevimiento inusual por mi parte, e inoportuno del todo, le pregunté al Señor qué era lo que tenía previsto hacer después del Juicio Final, cómo iba a ser el mundo y a qué nos íbamos a dedicar, y si creía Él que estábamos los

humanos preparados para administrar tanta paz, pero me dijo que ése era el secreto mejor guardado del cielo. Y en ese momento, aprovechando que Jesús andaba cerca, con un gesto de la mano le dijo que se acercara para pedirle opinión de cómo debería empezar el discurso de apertura. «La Gloria abre sus cancelas...», «No, no», le interrumpió Jesús. «Serenamente, y ante el fin de los tiempos...», «Que no, que no —le volvió a interrumpir—, debes empezar diciendo: Hasta aquí hemos llegado». «No lo veo muy solemne, hijo», le dijo el Señor encogiendo un poco el gesto.

Y fue en ese preciso momento cuando todo se vino abajo. La catástrofe. La chifladura. La ruina. «¿Qué pasó?», le preguntó el padre Churruca, que se comía las uñas de impaciencia. ¿Que qué pasó...?, pues que una compañía de los carabinieri de ustedes, ¿cómo les llaman aquí? La guardia civil —contestó el padre Churruca, muy atento—. Eso, la guardia civil, se conoce que alguien que debió ver el tumulto les avisó y aparecieron allí rodeándonos a todos por sorpresa, y empezaron a gritar sin ton ni son y a darnos órdenes con un megáfono, primero decían disuélvanse, disuélvanse, y luego todos al suelo, todos al suelo, chillaban enloquecidos. Y entonces el Señor, que le pilló de golpe la voz espantosa y metálica del megáfono, se asustó un poco, pero reaccionó enseguida y levantó las manos dirigiéndose a los resucitados, que veía cómo empezaban a salirse de madre rompiendo las filas y comenzaban a huir gritando, organizando un caos descomunal, y les pidió silencio y tranquilidad, que de esto me encargo yo, les dijo, y luego ordenó que de allí no se moviera nadie, y cuando digo nadie quiero decir nadie, recalcó con gran firmeza y levantando exageradamente la voz, originando un retumbo sobrenatural que se debió oír en todas las galaxias del universo, pero la guardia civil, ante el avispero de aquel disturbio bíblico sin precedentes, disparó varias veces al aire y eso terminó de asustar a los resucitados, que sin hacer ningún caso del eco sobrenatural del

Señor salieron todos a la desbandada. En aquel momento, si le soy sincero, miedo me dio que al Señor, con el berrinche que llevaba, le hubiera dado por adelantar el fin de los tiempos. Y es que, por lo visto, me llamó Moisés en un aparte y me lo dijo, éste era ya el segundo ensayo que le fallaba, el otro fue a finales del XIX, que también el Papa de entonces, me dijo el nombre pero no recuerdo ahora quién era, eligió con buen criterio el desierto de Arizona, y que cuando estaban en medio del experimento se les llenó aquello de indios que escapaban de las reservas, y se quedaron allí mirando como pasmarotes y no hubo manera de echarlos.

El padre Churruca advirtió que al Papa se le humedecían los ojos, en una mezcla que le pareció más de rabia que de fracaso, le cogió las manos con las suyas y le dijo que no se culpara, que él había buscado el sitio en la buena fe de creer que era el más idóneo, pero hay muchas cosas de la vida que nunca se llegan a saber del todo y pueden ocurrir hecatombes como ésta, o peores. Confíe usted en Dios, con su bondad infinita le sabrá perdonar.

El Papa siguió contándole al padre Churruca lo que le dijo Dios cuando estaban terminando de desmontar el tinglado: «Ahora le voy a hacer un favor, le voy a detener un tren que pasará por aquí dentro de un cuarto de hora, salga corriendo y cójalo».

Cuando llegaron a Barcelona, el Papa no pudo con tanta tensión acumulada y rompió a llorar. Le prestó un pañuelo y le acompañó hasta las taquillas de la estación a sacarle la combinación de billetes necesarios para llegar a Roma, y no se separó de él hasta que lo dejó sentado y tranquilo en el tren. Le cogió la mano solapadamente, le puso un billete de veinte euros en ella y se la cerró, «para que se tome algo», le dijo. El Papa se despidió del padre Churruca con un abrazo sincero de gratitud, y le dijo por lo bajo mientras le estrechaba de corazón: «Hágame una lista completa de los gastos y mándeme la factura al Vaticano».

Después de haberse pasado por las taquillas a exigir su indemnización por el retraso del tren, el padre Churruca salió de la estación con el alma agarrotada y como si estuviera huyendo de un delirio, y llamó a un taxi para que lo llevara a su congreso eclesiástico. Iba hecho trizas por la historia que acababa de oír. Miró a ver si le quedaban pipas en el bolsillo, le dio la dirección al taxista, y se acomodó en el asiento sin dejar de darle vueltas a la cabeza: «Con el respeto que les tengo yo, pero hay que ver las que lía a veces la guardia civil», pensaba.